

VIVAZ

Mi experiencia con la ELA fue una experiencia vivaz. Conocí la enfermedad bajo la piel de un paciente joven, vitalista, encantador con un carisma que se comía el mundo sin necesidad de dar un bocado. Tras sus ojos se escondía el miedo que conlleva un diagnóstico así.

Mis manos llenas de vida por entonces, tenían que tranquilizar aquel corazón galopante que se moría por latir.

Era una persona curiosa hacia el mundo que le rodeaba, volcó esa virtud sobre toda la información que podía obtener para saber a lo que se enfrentaba. En todo momento no fue capaz de echar la vista atrás ni para coger impulso, siempre dibujaba una sonrisa en mi cara y mantenía un ambiente cálido y lúdico en las sesiones de fisioterapia. Admiraba profundamente su capacidad de superación, como su cabeza quizás soñadora o quizás optimista me repetía cada día, me siento estupendamente. Y yo asentía mientras jugaba a parar las manecillas del reloj.

En una carrera de fondo, él ya hubiera llegado a la meta mientras yo aún empezaba a prepararme. Sus músculos rugían como el león más fiero de la sabana cuando se levantaba cada día. Yo pensaba que le enseñaba todo lo que mis pocos años podían ofrecerle y estaba tremendamente equivocada.

Me enseñó todo lo que hoy sé de la esclerosis lateral amiotrófica, me regaló el bien más preciado que tenemos, su tiempo. Y me mostró algo que jamás aprendí en los libros teóricos, el lado más humano de la enfermedad.